

en sus miembros, porque Dios podía quitarle sus dolores; padeció grandes infortunios, porque Dios le tenía guardadas mayores recompensas; salió del Edén, se sujetó á la muerte y se reclinó en el sepulcro, porque Dios tenía fuerza para vencer á la muerte, para sacarle del sepulcro y para levantarlo hasta el cielo.

ha sucedido; y por otro lado, aun cuando se demostrase que la Encarnación del Verbo no entró para nada en los motivos de Dios para permitir la prevaricación angélica, no sería menos cierto que, si permitió la prevaricación humana, fué porque ésta nos había de valer un Redentor: *O felix culpa, quae talem et tantum meruit habere Redemptorem!* Por consiguiente, aunque la pregunta del Sr. Gaduel para nada venga aquí al caso, pudiéramos, sin embargo, responderle diciéndole que *el ángel ha sido objeto de la misma gracia que el hombre*. El ángel, como el hombre, fué sometido á prueba; como los hombres, así también los ángeles, unos se han condenado y otros se han salvado; y por Cristo, por el Verbo Encarnado, se han salvado los hombres y ángeles buenos; así como por su rebelión contra Cristo se han perdido todos los ángeles como los hombres malos. No hay otra diferencia entre ángeles y hombres, sino que el ángel fué preservado, y el hombre libertado del naufragio; pero unos y otros han sido salvados por el mismo Salvador. Con verdad, pues, podemos decir, tanto del ángel como del hombre, que si Dios los dejó libres de escoger el mal, fué porque Dios pudo y quiso, al salvarlos por la Encarnación del Verbo, servirse hasta del pecado mismo para manifestación mayor de su gloria. Si el Sr. Gaduel opusiese que no todos los ángeles se han salvado, sería como si dijera que tampoco se han salvado todos los hombres. La condenación de aquéllos ángeles que, á despecho de todas las gracias recibidas por la virtud de Cristo, cayeron en el pecado, no prueba sino lo mismo que la de aquellos hombres que permanecen ó caen en el pecado, no obstante las gracias recibidas por virtud de Cristo: en ambos casos la condenación atestigua que la criatura era realmente libre, así como la salvación confirma que podía realmente salvarse y que sólo se pierde por su culpa; la condenación pregona la infinita justicia de Dios, así como la salvación su infinita misericordia, la condenación y la salvación juntas pregonan la grandeza de Cristo, que á todos sus fieles salva, y á todos sus contrarios pierde; de Cristo, soberano juez de vivos y muertos.

“Aquellas palabras del Salvador: *Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum verum Deum, et quem missisti Jesum Christum*, se aplican tanto á los ángeles como á los hombres, pues la gloria de Cristo es con esto mayor; fuera de que por Cristo han sido santificados ángeles y hombres, aunque para los primeros no hubo lugar á la Redención.” (Suárez, *De Angelis*, lib. V, cap. VI, núm. 14.)

Pregunta el Sr. Gaduel: *Si el Hijo de Dios no hubiera determinado encarnarse, ¿hubiera sido imposible el pecado del hombre y aun el del ángel? ¿Hubiera podido Dios permitirlo?* Esta consecuencia no es legítima; pues, fuera de la Encarnación, Dios tenta, sin duda, en su omnipotencia mil medios para sacar del pecado del hombre y del ángel bienes mayores que el mal causado por el mismo pecado. Pero el Sr. Donoso se limita á decir, con San Agustín, que Dios no permite el mal sino en vista de los bienes que se propone sacar de él; y cuando añade que el medio escogido por Dios para esto ha sido la Encarnación, no se propone otra cosa sino consagrar un mero hecho; confesando, sin embargo, con los santos doctores, que aquel medio es el más grandioso, magnífico y adecuado para manifestar refulgentemente la bondad infinita de Dios, y por consiguiente, *necesario* en cierto sentido.

Como quiera que esta palabra *necesario* escuece al Sr. Gaduel, sírvase considerar, le rogamos, el sentido en que la usa el siguiente pasaje de Santo Tomás: “Aquello por

Así como la prevaricación angélica y la humana entran como elementos del orden universal, por efecto de una admirable operación divina, de la misma manera la libertad del ángel y la libertad del hombre, en que esas dos prevaricaciones tienen origen, entran como elementos necesarios de aquella ley suprema, universal, á la que están sujetas todas las cosas, todas las creaciones, todos los mundos, así el moral como el material y el divino. Según esa ley, la unidad absoluta, en su fecundidad infinita, saca perpetuamente de su seno la diversidad, la cual torna perpetuamente al fecundísimo seno de donde salió: el seno de Dios, que es la unidad absoluta.

Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo por vía de generación, al Espíritu Santo por vía de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina <sup>1</sup>. El Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente

lo cual—dice—el género humano se salvó de la perdición, es *necesario* á la salvación del hombre. Es así que tal es el Misterio de la Encarnación divina, según aquellas palabras de San Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam aeternam* (III, 16): luego necesario fué á la salvación del hombre que Dios se encarnase: *Ergo necessarium fuit ad humanam salutem Deum incarnari*.

„Una cosa es necesaria á un fin, en dos conceptos: primero, si el fin propuesto no puede lograrse sin la tal cosa; así el alimento, por ejemplo, es necesario para la conservación de la vida humana; segundo, si la misma cosa es más conveniente que otras para conseguir el fin propuesto; así, por ejemplo, decimos que un caballo es necesario para un viaje, aunque este viaje se puede hacer á pie. En el primero de estos dos conceptos, la Encarnación de Dios no fué necesaria para la salvación á la naturaleza humana, pues Dios pudo en su omnipotencia usar otros mil medios de conseguir el mismo fin; pero en el segundo concepto, hay que decir que la Encarnación fué necesaria para restaurar la humana naturaleza. Eso es lo propio que San Agustín enseña en los términos siguientes: *Probemos — dice — no que faltara otro medio posible á Dios, bajo cuyo poder están igualmente todas las cosas, sino que éste fué el más conveniente para remediar nuestra miseria.*” (*De Trinitate*, XIII, 17, III, q. 1, art. 3.)

¿Conque, supuesto el pecado — exclama el Sr. Gaduel, — era necesaria la Redención? — Necesaria con necesidad absoluta, no; pues Dios pudo haber dejado al hombre en el estado de pecado y de condenación que él había elegido libremente, y si quiso rescatarnos, fué en virtud de una bondad y una caridad enteramente gratuitas. Pero queriendo la Misericordia divina salvar al hombre, y no queriendo la Justicia salvarle sino á precio de una plena y perfecta satisfacción, la Encarnación era necesaria; pues una mera criatura, por más perfecta que fuese, no podría satisfacer así, ni aun por el más mínimo pecado.

<sup>1</sup> Sobrentiéndose *de personas* — dice la traducción italiana. El Sr. Gaduel pregunta: “¿Y qué quiere decir *El Hijo y el Espíritu Santo identificándose eternamente*

resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual á su manera, se cuentan unas á otras las grandes maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones y cantan con un cántico sin fin sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia, sus grandezas los mares, la tierra su fecundidad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pie. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. El está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos.—*El nos pintó*—dicen las flores de los campos.—*El me dió*—dicen los cielos—*mis bóvedas espléndidas*.—Y las estrellas:—*Nosotros somos centellas caídas de su resplandeciente vestidura*. Y el ángel y el hombre:—*Al pasar por delante de nosotros, su hermostísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada*.

De esta manera unas cosas representaron su grandeza, otras su majestad, otras su omnipotencia, y el ángel y el hombre especialmente los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y el resplandor de su hermosura. Dios, empero, no es solamente maravilloso y perfecto por su hermosura, y por su gracia, y por su bondad y por su omnipotencia; es además de estas cosas, y sobre todas éstas, si en sus perfecciones hubiera medida, infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Si-guese de aquí que el acto supremo de la Creación no podía considerarse como consumado y perfecto sino después de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricación de los seres inteligentes y libres no podía Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricación misma fué ocasión de las más grande de todas las armonías y de la más bella de todas las consonancias <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Según el Sr. Gaduel, "la palabra *ocasión* no expresa aquí la consecuencia que

Cuando todos los seres inteligentes y libres prevaricaron, Dios resplandeció en medio de la Creación con nuevos y más grandes resplandores. El universo en general fué el reflejo perfectísimo de su omnipotencia; el paraíso terrenal fué especialmente el reflejo de su gracia; el cielo fué especialmente el reflejo de su misericordia; el infierno únicamente el reflejo de su justicia; y la tierra, puesta entre estos dos polos de la Creación, fué á un tiempo mismo el reflejo de su justicia y el de su misericordia. Cuando con la prevaricación angélica y con la humana no hubo en Dios perfección que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que había de ponerse de manifiesto más adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en orden <sup>1</sup>.

se sigue de las premisas; y los lectores, más lógicos que el autor, discurrirán de este modo:—Como quiera que repugna el que Dios deje incompleto é imperfecto el acto de la Creación cosa que sucedería, según el Sr. Donoso, sin la prevaricación de los seres inteligentes y libres, síguese de aquí que esta prevaricación ha sido rigurosamente necesaria, y positivamente querida por Dios. (Ami de la Religión, número del 8 de Enero de 1853.)

Por lo visto, el Sr. Gaduel cree que el hombre ha tenido poder para estropear la obra de Dios, y que Dios no le ha tenido para reparar el mal hecho por el hombre de modo que la obra divina quedara más perfecta. Si lejos de pensar esto, dice con la Iglesia: *Deus qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabiliter reformasti*, debe confesar que después de la *reparación* quedó la obra de Dios más perfecta que antes de la *degradación*; lo cual equivale á decir con el Sr. Donoso que la prevaricación de los seres inteligentes y libres ha sido para Dios la *ocasión* de dar á la obra de la Creación una perfección que antes no tenía; ó en otros términos: que antes del pecado, el acto de la creación no podía considerarse plenamente concluido, pues por muy perfecto y admirable que fuese, aún debía, según el divino designio, adquirir mayor perfección. *Pero repugna*—dice el Sr. Gaduel—*que Dios dejase imperfecto é incompleto el acto de la creación*. Ciertamente repugna, si por aquí se entiende que Dios no haya podido hacer su obra tal y como había determinado hacerla pero de ningún modo repugna si se entiende, como se debe entender, que Dios pudo dar á su obra un grado de perfección inferior al que en realidad le ha dado. Para sostener que Dios no podía, en este sentido, dejar incompleto é imperfecto el acto de la Creación, sería preciso suponer que Dios estaba necesitado de dar á su obra tal ó cual grado de perfección, y no otro, pero semejante necesidad no se puede suponerla en Dios, ni con respecto á la Creación, que ningún derecho tiene sobre Él, ni con respecto á sí mismo, pues la perfección de la Creación nada añade á su perfección esencial. Si pues Dios ha querido que el pecado sirva para que la Creación resulte más perfecta, lo ha querido libremente y por pura bondad para con sus criaturas, pero esto, ¿ha de impedirnos reconocer el beneficio y admirar su magnificencia?

<sup>1</sup> "¡Cómo!—exclama aquí el Sr. Gaduel.—¿Con que las cosas no estaban en orden antes del pecado? No diría más Calvino. Es decir, que Dios no veía las cosas muy bien cuando acababa su grande obra de la Creación, y contemplando amoroso aquella obra tan pura todavía entonces cuanto hermosa, se dió á sí mismo testimonio de que todo era

Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexión y la maravillosa concordancia de los Misterios cristianos. La ciencia de los Misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.

bueno y perfecto: *Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona.*, (Ami de la Religion, número del 8 de Enero de 1853.)

En verdad, cuesta trabajo reprimir un movimiento de impaciencia cuando se ve tergiversado así el pensamiento del Sr. Donoso. ¿Dónde y cuándo ha negado éste que las obras de Dios sean buenas? ¿Con qué derecho le atribuye el Sr. Gaduel blasfemia semejante? ¿Es por decir veinte veces en su libro que cuanto Dios ha hecho es bueno, y que ha hecho todo lo que es bueno? ¿Que es el Supremo Hacedor de todo bien y todo lo que hace es bueno; que en el orden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; que el mal por excelencia consiste en romper aquella admirable trabazón, etc., etc.? ¿No podía haber conocido el Sr. Gaduel, por estos y otros tantos pasajes, cuán falsa é injusta es su interpretación? El Sr. Donoso acá: a de decir en esta misma página que considera toda la Creación, desde el principio hasta el fin de los tiempos, como un solo todo, cada una de cuyas partes es como un reflejo de alguna perfección divina, y que todas ellas en conjunto forman una como imagen de la soberana belleza. Estando sometida la Creación á la ley del tiempo, el plan divino no se patentiza, por decirlo así, sino sucesivamente; de donde resulta que cada día que pase, hasta el fin de los siglos, será una nueva manifestación de la bondad y de la sabiduría divina. Para Dios no hay tiempo, y por eso desde toda eternidad se le representa su obra completa, entera y perfecta; pero al hombre, que no ve sino en el tiempo, la Creación no se le representa sino por partes, y por eso, acomodando su lenguaje á esta condición de nuestra naturaleza, según se van realizando en el tiempo y con el orden preestablecido los designios del Todopoderoso, se dice que la obra del Señor va siendo más perfecta. Y esto cabalmente es lo que expresa Donoso al decir que la prevaricación del ángel y la del hombre fueron ocasión de manifestarse la justicia y misericordia divina. ¿No es esto verdad? ¿No es cierto que la Creación se nos muestra más perfecta en la elevación de los ángeles buenos en la gloria, en la condenación de los malos á eternos suplicios, y en la promesa del Redentor á nuestros primeros padres? ¿No ha sido ampliado, si cabe así decirlo, por estas dos grandes caídas el orden moral, sujetándose todo á las dos leyes que constituyen el orden supremo, es decir, la de la misericordia, que asegura el cielo, y la de la justicia, que encadena en el infierno? ¿No constituyen estas leyes, no solamente el orden, tal como rige á la presente vida, en que podemos escoger entre una ú otra de aquellas postrimerías, sino también el que ha de regir eternamente? Las cosas, pues, han entrado en orden después de estas dos prevaricaciones; y por no decir ni más ni menos que esto Donoso, el Sr. Gaduel le compara con Calvino, acusándole de negar aquella sentencia. *Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona*; como si fuese negar la perfección de cualquier obra el consignar alguna perfección mayor que su autor ponga en ella, ó como si Dios, al ver la Creación, no la viese toda entera y en su último definitivo estado, lo mismo que en su estado actual é imperfecto.

## CAPITULO VIII

### SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS Á ESTOS PROBLEMAS

Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar así á la escuela liberal como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razón al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.

Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente que en su soberbia ignorancia desprecia la Teología, y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela todavía no ha llegado á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningún teólogo; la absolutista los tuvo, los levantó muchas veces á gobernadores de los pueblos, y los pueblos crecieron, durante su gobernación, en importancia y

con el Padre, y constituyen eternamente con Él su unidad indestructible.

Considerado como Criador, sacó de la nada las cosas por un acto de su voluntad, y constituyó de esta manera la diversidad física; en seguida sujetó todas las cosas á ciertas leyes eternas y á un orden inmutable, y de esta manera la diversidad misma no fué otra cosa, en el mundo físico, sino la manifestación exterior de su unidad absoluta.

Considerado como Señor y como legislador, puso en el ángel y en el hombre una libertad distinta de la suya propia, y constituyó de esta manera la diversidad en el mundo moral: en seguida impuso á esa libertad ciertas leyes inviolables y un término necesario, y la necesidad de ese término y la inviolabilidad de esas leyes hicieron entrar á la libertad humana y á la angélica en la ancha unidad de sus maravillosos designios.

La voluntad divina, que es la unidad absoluta, está en aquel precepto dado á Adán en el paraíso, cuando le dijo Dios: *No comerás*; la libertad humana, con la imperfección que le es aneja de la facultad de escoger, que es la diversidad, está en la condición: *y si comieres*, la diversidad vuelve á la unidad de donde procede, primero por amenaza, cuando dijo Dios al hombre: *quedarás sujeto á la muerte*; y después con la promesa, cuando prometió á la mujer que nacería de su seno el que había de pisar la cabeza de la serpiente; con cuya amenaza

*con el Padre?* Desde el punto de vista de la *esencia*, no puede decirse que el Hijo y el Espíritu Santo se identifiquen con el Padre, pues que tienen con él la misma esencia, siendo por consiguiente *uno* con Él, no *identificándose*; pues de otro modo, tanto valdría decir que la Esencia divina se identifica con la Esencia divina: desde el punto de vista de la *personalidad*, de ninguna manera pueden identificarse sin que desaparezca la distinción de las personas. (Ami de la Religión, número del 4 de Enero de 1853.)

A este argumento respondemos: en cuanto á la *distinción de personas en la unidad de esencia*, el Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, pues, en efecto, eternamente son con él una sola y misma esencia; y eternamente también se distinguen del Padre, pues eternamente son tres personas. Las palabras *identificarse eternamente*, tienen un sentido muy diverso del de la palabra *identificarse* aislada. Con esta última se expresa cómo varios *llegan á ser lo* que antes no eran, es decir, unidad; por el contrario, la palabra *eternamente*, unida al verbo *identificarse*, excluye toda idea de mudanza. Decir que se *identifican eternamente*, es decir que son *eternamente uno*. (Véase más arriba, lib. I, caps. II, III y IV, en sus notas respectivas.)

y con cuya promesa anunció Dios los dos caminos por donde la diversidad que sale de la unidad, vuelve á la unidad de donde sale: el de su justicia, y el de su misericordia.

Suprimido el precepto, quedaría suprimida en su manifestación exterior la unidad absoluta.

Suprimida la condición, quedaría suprimida en su manifestación exterior la diversidad, que consiste en la libertad humana.

Suprimida por una parte la amenaza, y por otra la promesa, quedarían borrados los caminos por los cuales la diversidad, si no ha de ser subversiva, ha de volver á la unidad en donde tuvo su origen.

Así como entre la creación física y el Criador no hay unidad sino porque la primera está sujeta eternamente á leyes físicas é inmutables, manifestación perpetua de la voluntad soberana, de la misma manera no hay unidad entre Dios y el hombre sino porque el hombre, apartado de Dios por su delito, vuelve al Dios justiciero como impenitente, ó como purgado al Dios misericordioso.

Si después de haber considerado la prevaricación angélica y la humana separadamente, para venir á parar en que cada una de ellas, si bien es una perturbación por accidente, es una armonía por su esencia, ponemos la consideración al mismo tiempo en ambas prevaricaciones, quedaremos como pasmados y absortos al contemplar de qué manera se convierten en cadencias maravillosas sus ásperas disonancias, por la irresistible virtud del divino Taumaturgo.

Al llegar aquí, y antes de pasar adelante, conviene observar que toda la belleza de la creación consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razón, desde el globo encendido que ilumina los espacios, hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle; y desde mucho más abajo de los valles que se coronan de lirios, hasta muy por encima de los cielos en donde